

C.C.M.W.

PSICOANALISIS DEL ORGASMO

**DORRIT BUSCH
GLADYS LACHER DE BALDINO**

Setiembre de 1992

INTRODUCCION¹

Estudiar el orgasmo significa ocuparse de vivencias que son íntimas y privadas y que, por lo tanto, despiertan pudor y una cierta angustia.

Desde los primeros contactos entre un hombre y una mujer, hasta la realización completa del coito, se desarrolla una experiencia llena de vicisitudes, matices y variantes que, más allá de lo que solemos creer, no siempre conduce de manera espontánea al orgasmo.

Gracias al juego amoroso previo que se desarrolla durante el coito, se observan cambios muy evidentes en todo el organismo y, sobre todo, en los órganos genitales, los que se adecuan en el hombre a penetrar y en la mujer a ser penetrada. Los genitales son los únicos órganos del ser humano que, para funcionar plenamente, necesitan complementarse con los órganos de otro semejante. Se desprende de este hecho que, si bien el orgasmo se puede considerar en el hombre y en la mujer por separado, la sensación de plenitud se logra sobre todo en la relación de una pareja que se integra mutuamente. (Baldino, 1991, 1992; Busch 1984, 1985, 1991, 1992).

Durante el orgasmo aparece en los amantes una sensación de “derretirse”, de “deslizarse juntos”, de que algo “viene o sucede”, de pérdida de control voluntario y de la personalidad propia. Por momentos se nubla la conciencia y, “dejándose ir”, sienten que ya no son dueños de la situación. A veces aparece en la conciencia un sentimiento oceánico de desaparición y disolución de las fronteras del propio yo. Otras los amantes sienten que pierden su identidad para acceder a otra, que es distinta y que abarca una diferente dimensión. (Busch de Adamo, 1984).

Ortega (1941) nos dice que “La delicia del amor consiste en sentirse metafísicamente poroso para otra individualidad, de suerte que, sólo en la fusión de ambas, sólo en una “individualidad de dos” halla satisfacción. En realidad, el **verdadero individuo humano es la pareja hombre-mujer.**”

Se observa frecuentemente que en torno a la sexualidad se presentan inhibiciones y prejuicios y, en lo que respecta al orgasmo, se trata de un tema que sigue siendo reprimido, a pesar de lo que se ha escrito al respecto. Los pacientes raramente hablan del tema, y resulta llamativo que los analistas se ocupen poco de las vivencias y fantasías que lo acompañan.

En los últimos años se han confeccionado numerosas estadísticas para medir y computar las respuestas sexuales de individuos de ambos sexos. De la ideología implícita en estos intentos se desprende que la falta de información correcta sobre la sexualidad en general, y el orgasmo en particular, sería uno de los principales motivos de las disfunciones que padecen tanto el hombre como la mujer.

¹ En este trabajo no nos ocuparemos de las disfunciones sexuales. Tampoco abordaremos las diferencias, que seguramente existen, entre el orgasmo masculino y femenino. Lo que nos importa es aproximarnos a la comprensión del orgasmo en lo que tiene de específico, común a ambos sexos.

Se ha intentado también incluir el estudio de la sexualidad dentro de marcos “científicos rigurosos” y “objetivos” con la ayuda de laboratorios, instrumentos y métodos novedosos de trabajo. No obstante, sigue vigente lo que ya afirmaba Freud (1908) cuando decía que en general no se sospecha “cuán rara es la potencia normal en el varón y cuán frecuente la frigidez en la mujer”.

Son numerosos los autores que descuidan la importancia que tiene el amor y la ternura como componente esencial del acto sexual y del orgasmo. Muchos de ellos consideran la potencia sexual en términos mecanicistas de uno o varios orgasmos, medidos estadísticamente por la cantidad de contracciones que se producen en un minuto.

Reproducimos aquí una cita de Weizsäcker (1950) que nos resulta significativa porque refleja algunas vivencias que se tienen durante el acercamiento sexual. Dice el autor que “En los preliminares de la relación sexual se experimenta la atracción y el sentimiento de volverse el uno hacia el otro; durante la realización del coito se utilizan técnicas determinadas, que parecen ser dirigidas por la conciencia. En el orgasmo, sin embargo, se ha destruido toda esta ‘deliberación’ de la acción y ha desaparecido la atracción y el manejo de la técnica. El orgasmo no se puede describir a través de un concepto abstracto, y sólo se puede definir por sí mismo; tiene algo de inaccesible”. Continúa diciendo que, en el orgasmo un organismo está muerto, como extinguido, pierde su jugo y su semilla; el sujeto está en **éxtasis**, es decir, **fuera de sí**; desaparecen las diferencias entre pasivo y activo. “Todo intento de describirlo desemboca en el recuerdo de un estado indomable de felicidad, en relación al cual cualquier atracción o rechazo, cualquier inhibición o impulso pertenecen al ‘antes’ o al ‘después’. La experiencia misma del orgasmo, es totalmente única e incomparable”.

FISIOLOGIA DEL ORGASMO

La mayoría de los autores que hemos tenido la ocasión de consultar (Fischer, 1973; Kaplan, 1974) se han ocupado de las variaciones fisiológicas de la reacción sexual y basaron sus ideas en las experiencias realizadas por Masters y Johnson (1966). Dividen el ciclo de respuesta sexual en cuatro momentos: fase de excitación, de meseta, de orgasmo y fase de resolución.

Esta división, aunque parezca un tanto taxativa, nos brinda representaciones, a partir de las cuales podremos interpretar psicoanalíticamente las modificaciones somáticas y las vivencias que acompañan al orgasmo.

Tanto en el hombre como en la mujer, la **fase de excitación** se inicia mediante la estimulación sexual y se producen, como señal de respuesta a estos estímulos, los primeros cambios en el organismo. Esta estimulación puede provenir del contacto corporal con otra persona que actúa como estímulo y como resultado de la excitación que promueve la actividad de la fantasía.

La mujer produce en estas condiciones una sustancia de trasudación en las paredes vaginales, denominada lubricación vaginal. Este fenómeno despertó gran interés en los investigadores, ya que no se ha podido determinar cómo se origina. El trasudado se acompaña de una vasocongestión vaginal intensa y localizada.

Podemos entender esta expansión y lubricación vaginal como un equivalente fisiológico directo de seducción e invitación al acto sexual, así como la erección en el hombre parece expresar el mismo sentido. Los dos tercios internos de la vagina se alargan y se dilitan, produciéndose un efecto de succión y preparándose la vagina para la entrada del pene.

Las paredes vaginales varían lentamente hacia un tono más oscuro, debido a la acumulación sanguínea. El útero se eleva, tira de la vagina y la hace mucho más voluminosa. Los labios menores aumentan sensiblemente de tamaño y las glándulas mamarias se dilatan en su totalidad, a medida que aumenta la tensión sexual.

Nos resulta interesante observar que estas reacciones son características, también, de algunos primates durante el período de excitación sexual. Morris (1977) sostiene que la hembra cambia totalmente su apariencia, la región genital se hincha y se enrojece; se siente atraída por los machos, y a su vez los atrae a ellos. Este fenómeno se produce en la época de la ovulación, cuando hay posibilidades de procrear.

Masters y Johnson (1966) describen para ambos sexos una erupción parecida a la que se produce en el sarampión, que aparece inmediatamente debajo de las costillas y que se difunde rápidamente sobre los pechos. Este fenómeno, al que le dieron el nombre de "rubor sexual", es menos frecuente en el hombre que en la mujer.

En el hombre la reacción fisiológica a la estimulación sexual es la erección del pene. Se produce por la ingurgitación sanguínea a medida que la relación sexual progresa y está condicionada por la excitación de la mujer.

Un sonido, una palabra o un cambio de posición, pueden interrumpir o aumentar temporalmente la excitación.

En la **fase de meseta** la tensión sexual se incrementa y llega a un punto máximo, después del cual se produce el orgasmo. En la mujer el tercio exterior de la vagina se congestiona y la abertura vaginal disminuye de tamaño. Esta parte de la pared vaginal fue denominada por Masters y Johnson (1966) “plataforma orgásmica”; es la zona en la que se producen contracciones fuertes y regulares durante el orgasmo.

Se hace más evidente, en los labios menores congestionados, la variación del color rojo vivo al rojo oscuro. No se ha observado ninguna mujer que llegara al orgasmo sin experimentar este cambio de color, que se denominó “respuesta sexual de la piel”.

Como resultado de la vasocongestión y el estrechamiento vaginal, se produce una acción “de apriete” de la parte externa de la vagina alrededor del pene. Esto significa que, a pesar de lo que suele repetirse, el tamaño del pene es relativamente insignificante para la estimulación que recibe la mujer durante la penetración.

En ambos sexos se produce un notable aumento de la tensión muscular.

En el hombre la zona que se encuentra situada alrededor del borde del glande aumenta de diámetro, a medida que se acerca el orgasmo. A veces el glande intensifica su color inmediatamente antes de la eyaculación, si bien este cambio no es tan notorio como en la piel de las mujeres.

La reacción que se produce en la denominada **fase de orgasmo** se considera totalmente involuntaria, dura escasos segundos y la tensión acumulada por la estimulación sexual se descarga.

En ambos sexos la respiración se acelera; las pulsaciones cardíacas superan el doble del normal y la presión sanguínea aumenta notablemente. Se tensan la mayor parte de los músculos del cuerpo.

En la mujer el orgasmo comienza con contracciones fuertes y regulares en la plataforma orgásmica y en la musculatura del útero. Las contracciones se inician en el tercio exterior de la vagina, disminuyendo en frecuencia e intensidad después de las iniciales.

El orgasmo en el hombre suele dividirse fisiológicamente en dos estadios: el primero ocurre inmediatamente antes de la eyaculación, momento en el que experimenta la sensación de inevitabilidad. El hombre siente que “algo viene y no puede controlarse”. Esta reacción es provocada por las contracciones de los conductos deferentes, la próstata y las vesículas seminales, que recogen el espermatozoide y lo expulsan hacia la uretra prostática.

En el segundo estadio del orgasmo las contracciones involuntarias, pero coordinadas, de la uretra y músculos del pene, provocan la auténtica eyaculación del líquido seminal.

La sensación de las contracciones va unida a la sensación de la presencia del líquido seminal, y pareciera que una larga eyaculación es más placentera que una eyaculación escasa.

Las mujeres son en potencia multiorgásmicas, es decir que pueden tener una serie de respuestas orgásmicas, sin disminuir su excitación por debajo de la fase de meseta. Los hombres, en cambio, no parecen tener esta capacidad.

De las observaciones realizadas durante la **fase de resolución**, se deduce que inmediatamente después de la eyaculación, el hombre entra en un período refractario, durante el cual, aunque pueda mantener la erección, no es posible volver a eyacular. En esta fase se invierten los cambios anatómicos y fisiológicos que ocurren durante las fases anteriores. Todas las reacciones parecen aquietarse y el organismo entero se retrae a su estado anterior.

ALGUNOS ANTECEDENTES DE LA REPRODUCCION Y DE LA SEXUALIDAD EN LA FISIOLOGENIA

Para Droscher (1974) y Weiss (1984), hace millones de años, al iniciarse la historia de la vida en nuestro planeta, todo parecía estar dispuesto para que las formas ya existentes se multiplicaran con los mínimos cambios posibles. En el origen, cuando la tierra estaba poblada únicamente por seres unicelulares, no había ni hembras ni machos. Estos animales microscópicos eran sexualmente neutros, se multiplicaban por división y producían dos seres de igual tamaño y del mismo tipo. “Este sistema de reproducción tiene dos ventajas envidiables: juventud eterna e inmortalidad, aunque con ciertas limitaciones”.

Esta forma de lograr juventud eterna e inmortalidad, mediante división celular, no se continuó en los organismos pluricelulares. Las formas de vida más evolucionadas “han de renunciar a esta aparente ventaja como precio necesario para su existencia. Así llegó al mundo la muerte por vejez”.

Antes que aparecieran los organismos pluricelulares, sobreviene en el reino de la Naturaleza una revolucionaria innovación en el comportamiento reproductivo de los seres unicelulares: la sexualidad sin sexo. Un ejemplo de esta modalidad son los llamados flagelados. “De vez en cuando uno de estos flagelados se acerca con su parte anterior aguda a la parte posterior redondeada de otro y se introduce por detrás todo entero en él. **En este acto ambos se funden por completo.**”

Si bien se trata, aparentemente, de una sexualidad sin sexos, es posible observar, como dice Droscher, una primera y difusa especialización en hembras y machos. Microscópicamente se ha observado que algunos de estos flagelados llevan en su parte posterior el dibujo de un anillo oscuro, una especie de blanco para el “cónyuge” que ha de introducirse en él.

Por mezcla de un “padre” y de una “madre” se produce un ser totalmente nuevo, lo cual constituye una revolución en la historia evolutiva. Este nuevo ser lleva genes de ambos y, sin embargo, no es ninguno de los dos, sino algo propio y distinto.

Para Weiss la sexualidad puede definirse básicamente como una acumulación, en una sola célula, de los genes de dos células relativamente poco relacionadas entre sí.

La pareja humana enamorada parece ser, según Droscher, un equivalente del **acto de fusionarse**, que llevan a cabo dichos flagelados.

La aparición de los seres pluricelulares trajo aparejada una complejización en todos los órdenes de la vida, incluyendo la reproducción.

Esta ya no constituye una especie de matriz, a imagen de la cual se multiplicarán en el futuro millones de descendientes totalmente idénticos, sino “un color más para la paleta” de la genética. La finalidad de la división de las células ya no es solamente la multiplicación de los individuos, sino el crecimiento del ser superior que ellas forman.

Droscher sostiene que en el gigantesco laboratorio experimental de la Creación, se ha puesto a prueba una cantidad increíble de combinaciones distintas entre hembras y machos.

La aparición de dos sexos diferenciados es relativamente tardía en la filogenia. Durante cientos de años la hembra era, simultáneamente, su propio macho, es decir, imperaba un sistema de reproducción hermafrodita. Luego se pasó por la “invención del macho”, el apareamiento caníbal, la violación como modo de copular, el despertar de inclinaciones amorosas, relaciones por simpatía, y varias formas de “no matrimonio” y del “matrimonio”.

Pensamos que estos comportamientos, se expresen o no manifiestamente, se encuentran hoy implícitos en la vida sexual de la pareja humana.

EL ORGASMO DESDE EL PUNTO DE VISTA PSICOANALITICO

Si bien pensamos que la influencia de las vicisitudes del Complejo de Edipo son importantes para el ejercicio de la sexualidad adulta, en este trabajo no profundizaremos en el desarrollo del mismo. Centraremos nuestro interés sólo en aquellas referencias bibliográficas relacionadas específicamente con el orgasmo.

En la obra de Freud se encuentran muy pocas alusiones directas al tema que nos ocupa.

En 1895 se refiere a la pulsión sexual como la fuente más poderosa de aumento de excitación persistente que, en sus grados máximos de intensidad, perturba el decurso de las representaciones. “En el orgasmo del acto sexual, el pensar se borra casi por completo”. También sufre la percepción y el procesamiento psíquico de las sensaciones; “el animal de ordinario medroso y precavido”, se vuelve ciego y sordo ante el peligro. Se acrecienta su agresividad, y el animal pacífico se vuelve peligroso, hasta que la excitación se aligera en las operaciones motrices del acto sexual. Continúa diciendo que el orgasmo mismo, “con su plétora de afecto y su estrechamiento de la conciencia, es pariente cercano de los estados hipnoides”. (Freud, 1895).

En Tres ensayos (1905) señala que en el lactante “la acción de mamar con fruición, cautiva por entero la atención y lleva al adormecimiento o incluso a una reacción motriz en una suerte de orgasmo”. Agrega que en esta descripción se presenta lo que tendrá vigencia toda la vida: “la satisfacción sexual es el mejor somnífero”. En la mayoría de los casos de insomnio neurótico se puede observar una insatisfacción sexual.

En el mismo artículo sostiene que, a partir de la pubertad, la zona genital alcanza su primacía y las otras zonas erógenas, que primaron hasta este momento, se reestructuran y subordinan a ella, aunque no dejan de buscar la satisfacción de sus fines propios. Anteriormente, el niño sólo conocía el placer previo, “el placer final es nuevo, y por lo tanto probablemente dependa de condiciones que sólo se instalan con la pubertad”.

Nos parece un hecho de fundamental importancia que, tanto en el varón como en la mujer, se presenta ahora la posibilidad de procrear, ya que en el varón se produce la primer eyaculación y, en la mujer, la primer ovulación y la consiguiente menstruación.

Freud (1905) nos dice al respecto que la pulsión se vuelve, por así decir, altruista: se pone al servicio de la reproducción.

Entre otros, Fenichel (1966), Reich (1927) y Chiozza (1984, 1991) afirman que se puede hablar de amor cuando la satisfacción propia resulta imposible si no se satisface también al objeto. Un buen orgasmo depende de la maduración del yo, que pueda resolver la ambivalencia, que tenga capacidad de amar junto con la de odiar.

El orgasmo se caracteriza por una sensación de “deslizarse juntos”, de “perder la personalidad propia”, de estar alcanzando una conjunción deseada del y

con “algo que es más grande”. Tanto en el amor como en el orgasmo aparece un elemento regresivo, un sentimiento oceánico de desaparición de las fronteras del propio yo.

Fenichel y Reich observan que algunas personas temen que, en un momento de intensa excitación, pueda sobrevenir una especie de derrumbamiento de toda la organización yoica. Es probable que les produzca temor alcanzar el placer final. Cuando se hallan excitadas sexualmente, sienten el anhelo de una experiencia dramática que, al mismo tiempo, temen y rechazan. Imaginan que pueden “estallar” o “disolverse” en la excitación. Sienten la necesidad de estar siempre “en guardia”, “no perder la cabeza”, “vigilar”. El orgasmo se convierte así, en una experiencia cargada de angustia, y en estos casos no parece existir huellas de conducta involuntaria durante el acto sexual.

Pensamos que durante una relación sexual estas vivencias aparecen siempre, en mayor o menor medida, aunque no se tenga conciencia de ellas.

Lowen (1965), Reich (1927) y Fenichel (1966) expresan que la relajación vinculada al placer final es considerada como una vivencia “de muerte”. El temor a la muerte puede aparecer en ocasiones en que otras personas tendría la esperanza de una descarga sexual.

Es importante la distinción que hace Reich entre la “potencia eyaculativa o erectiva” y la “potencia orgástica”. Un hombre que tiene una buena erección y puede eyacular, o una mujer que percibe sus contracciones vaginales, pueden pensar que son orgásticamente potentes. No obstante, en ocasiones, el orgasmo no está acompañado por sensaciones de placer, proporciona sólo una mínima descarga de la excitación y hasta puede estar acompañado por sensaciones de disgusto o displacer.

Encontramos que algunos autores sostienen que la sexualidad es el ámbito amplio en el que los humanos logran lo que llamamos “unión”. En esta unión alcanzan un nuevo estado de conciencia: el orgasmo (Dethlefsen, 1983); Fereczi, (1914). En este sentido también Tordjman (1976) ha observado que durante el orgasmo se produce un estado de conciencia específico, cuyas ondas electroencefalográficas no provienen de los niveles del cortex, sino de niveles de estructuras profundas del cerebro arcaico, que no son registrables durante ninguna otra actividad.

Pareciera que durante la relación sexual, y a medida que la excitación aumenta, ambos integrantes de la pareja sufren una importante regresión sensorial, retornando a fases de organización más primitivas. (Chiozza, 1984).

Dethlefsen expresa que el orgasmo es la unión del “yo” y del “tu”, lo cual presupone la apertura de las fronteras del yo. Afirma que, si bien este concepto puede ser comprendido intelectualmente, conlleva aún en quienes supuestamente lo entienden una gran negación. “Implica, digámoslo claramente, una capacidad afectiva de entrega, el estar dispuesto a sacrificar una parte de sí, que no siempre se logra”. No es de extrañar entonces, que el logro o el fracaso en la obtención del orgasmo se acompañe de trastornos menores o de síntomas más o menos graves.

La circunstancia de que “*omne animal post coitum triste est*”, y que la decepción posterior a la satisfacción no aparezca normalmente, se debe a que las personas poseen recursos para negar que la experiencia no ha sido totalmente satisfactoria. El sueño al que sucumbe el individuo que parece sexualmente satisfecho, es una retirada de una existencia que se ha vuelto displacentera. (Helen Deutsch, 1960).

Si la unión sexual es el modo de establecer la unidad, la relajación de la tensión y la separación se sienten como una decepción.

Las contracciones rítmicas en el orgasmo siguen su curso, a veces, con completa independencia en la mujer, del ritmo del hombre. Deutsch afirma que en el hombre la dirección de la inervación está subordinada a una tendencia a retener, (penetración y retirada activa), que finalmente es vencida por una tendencia a la descarga. En la mujer predomina la retención, mientras la descarga se demora, “dado que para ella el coito es sobre todo un acto de fecundación, el comienzo de la función de reproducción, se realice o no”. (Deutsch, 1960; Ferenczi, 1914; Abadi, 1960).

Para Ferenczi en el orgasmo se combinan tendencias anales y uretrales. La interacción de estas tendencias pregenitales, que componen el erotismo genital, presupone una compleja coordinación, que el autor denomina “*anfímixis*”.

Señala por otra parte, que durante los preliminares del coito, que sirven a la identificación con el partenaire, **los límites de los voes de los amantes parecen borrarse** a través del besar, acariciar, morder y abrazar.

El acto de copular representa también el deseo de volver al seno materno intrauterino.

El aumento de la tensión displacentera, y su culminación en el orgasmo, es la expresión de dos tendencias opuestas: la repetición dolorosa del nacimiento, con el consecuente alivio del nacer, y el restablecimiento de la situación relativamente placentera intrauterina, con la fantasía del retorno al seno materno. Los cambios en la respiración y en el pulso (disnea y taquicardia), que caracterizan los momentos de mayor excitación, recuerdan las modificaciones que se producen durante el pasaje del estado fetal al extrauterino.

Uno de los conceptos fundamentales de la obra de Ferenczi es el de la “*regresión talasal*”, definida como un deseo de retorno al océano abandonado en los tiempos primitivos.

Sostiene, también, que en la filogenia la forma de existencia unicelular fue perturbada por una “*catástrofe primitiva*”. Esta catástrofe obligó a los seres unicelulares a fundirse en una unidad. El proceso de fecundación, e incluso la maduración de los gametos, remeda actualmente ese momento primitivo.

Señala que “no basta con suponer que el acto del coito y el acto de la fecundación, netamente vinculada al primero, representan la fusión en una unidad, no sólo de la catástrofe individual (nacimiento) y de la última catástrofe sufrida por la especie (deseccación), sino también de todas las catástrofes sobrevenidas tras la aparición de la vida”. De este modo el orgasmo no es sólo la expresión de la quietud

intrauterina, sino también de esa quietud que procedía a la aparición de la vida, la de la existencia inorgánica.

Nos resulta interesante la similitud que establece entre el apareamiento del macho con la hembra y el espermatozoide que fecunda al óvulo; “se tiene la impresión de que el soma de los copulantes imita, hasta en los más mínimos detalles, el funcionamiento de las células germinales. El espermatozoide penetra en el óvulo, al igual que el pene en la vagina”. Dice Ferenczi que habría que llamar, al menos durante el instante del apareamiento, al cuerpo del macho un “megaesperma” y al de la hembra un “megaóvulo”.

Síntesis

En los distintos autores citados nos resulta significativo que:

- En la pubertad las tendencias pregenitales se subordinan a la zona genital, que alcanza, entonces, su primacía. La genitalidad lograda integra, como experiencia nueva, el placer final y la posibilidad de procrear.
- Durante los preliminares del coito se borran las diferencias de los “yoes” de los amantes. El orgasmo contiene una vivencia oceánica de fusión y de desaparición de las fronteras del propio yo.
- El incremento de excitación en el orgasmo puede producir temor a “estallar”, a “disolverse” y, queda asociado a una vivencia de “muerte”. Genera en algunas personas la necesidad de “estar siempre en guardia” dificultando, así, la posibilidad de entrega.
- La momentánea vivencia de disolución yoica se vincula con una importante regresión sensorial a estados de conciencia muy primitivos y nos llevaría a considerar al orgasmo como un estado de conciencia específico.
- La excitación crece junto con el aumento de sensaciones de displacer y de placer. Esta ambivalencia de sentimientos quedaría representada en las contracciones rítmicas, que se expresan en la mujer y en el hombre como recepción-retención y expulsión-rechazo. El orgasmo simboliza, entonces, una especie de lucha.
- Se distingue la potencia eyaculativa o erectiva de la potencia orgástica.
- La somnolencia que puede aparecer después del coito queda vinculada por Freud a un estado de satisfacción sexual, que recuerda la satisfacción que aparece en el lactante después de mamar. Otros autores consideran que es, además, una expresión de la decepción posterior a una experiencia que no ha sido totalmente satisfactoria.
- La regresión que se produce durante el coito contiene la fantasía de retorno al seno materno y el deseo de volver al océano abandonado en los tiempos primitivos (regresión talasal).

- La unión-fusión que caracteriza el encuentro sexual de la pareja remeda aquel momento primitivo, en el que, por efecto de catástrofes sucesivas, se perturbó la forma de existencia unicelular. El apareamiento entre el macho y la hembra, y el proceso de fecundación entre el óvulo y el espermatozoide, serían la repetición de la “cópula de las vesículas primitivas”.

INTERPRETACIÓN PSICOANALÍTICA DEL ORGASMO

a) Desde la etimología:

La palabra **orgasmo** deriva del griego “orgao” y “orge” y significa “yo deseo ardientemente”, “agitación” e “irritación” (Corominas, 1973). Otra definición nos dice que es la “exaltación de la vitalidad de un órgano” y “estar lleno de ardor” (RAE, 1970). “Orgasmo” es también “rebosar de deseo, de ansia vehemente, ganas apetito, anhelo” y significa también “madurar, hinchar, inflar, ponerse tumefacto, crecer” (Kluge, 1973; Wahrig, 1966).

El significado de “ardor” que aparece repetidamente en la etimología de “orgasmo”, alude a una “sensación de calor o rubor en alguna parte del cuerpo”. Como vimos, desde la fisiología se describe un cambio de color en las paredes vaginales y en los labios menores, que varía del rojo vivo al rojo oscuro, lo cual parece expresar este “calor” creciente.

Dijimos también, que en ambos sexos puede aparecer una erupción, parecida a la que se produce en el sarampión, a medida que la excitación aumenta. Recordemos el dicho popular “es una cuestión de piel”, que da cuenta de la sensibilidad que participa en el encuentro íntimo con otra persona. Expresaría en el saber popular la aceptación de lo semejante y el rechazo de lo extraño (Chiozza y col. 1991).

“**Ardor**” significa también el enardecimiento de los afectos y pasiones: “en el ardor de la batalla, en lo más encendido o empeñado de ella” (RAE, 1970). En este sentido resulta significativo que en alemán “sexo” es “Geschlecht”. Proviene del verbo “schlagen” que significa “golpear” y este a su vez de “Schlacht”, “lucha”. (Duden, 1963).

Es posible pensar que la “lucha” en el orgasmo se convierte en un representante simbólico de la necesidad de conservar la propia individualidad y al mismo tiempo el deseo de perderla en la entrega.

El encuentro impulsa a los amantes en un vaivén que transurre entre el acercamiento y la huida. Vaivén que implica un deseo de integración y el conflicto que esto suscita. El “ardor de la batalla” simbolizaría esta contradicción de sentimientos y quedaría expresada, entre otras cosas, en la fricción y las contracciones que forman parte del orgasmo. La palabra “contracción” es “acción y efecto de ‘contraer’ o ‘contraerse’”. Contraer viene de “cum” (con) y “trahere” (traer), es decir “estrechar”, “juntar una cosa con otra” (RAE, 1970)². contiene también el sentido de “enfrentarse con” un contrario y al mismo tiempo involucrarse

² Kaplan (1974) dice que la disfunción orgásmica en la mujer se debe básicamente al hipercontrol involuntario que ella ejerce sobre el reflejo orgásmico. Una de las terapias aconsejadas en estos casos, consiste en lograr que la paciente se distraiga de su habitual tendencia a contenerse. Encontramos que “distracción” del lat. “distractioonis” significa “separación”, “distancia”, “cosa que atrae la atención, apartándola de aquello a lo que está aplicada” (RAE, 1970). Podríamos pensar que estas pacientes, por estar previamente “distráidas”, ponen distancia y tienen dificultad de involucrarse en la experiencia amorosa.

en una experiencia que puede culminar en un “encuentro” o un “desencuentro”. (Estos términos tienen una raíz común con “contracción”) (Corominas, 1970).

El componente muscular expresaría quizá una necesidad de dominio sobre el objeto y, al mismo tiempo, una capacidad de subordinarse, renunciando a la voluntad propia. Esta renuncia posibilitaría una adaptación y una acción mancomunada con el partenaire (Canteros y col., 1977). El ritmo de las contracciones parece simbolizar en la mujer su necesidad de “succionar” y “apretar” al hombre mediante su vagina en un intento de retenerlo, y se consituty en un coayudante de la erección.

Otro elemento importante en el encuentro sexual es la **fricción**, término que designa no sólo al roce que se produce entre los genitales, sino también al “roce de dos cuerpos en contacto”. (RAE, 1970). “Fricción” significa además “desavenencias entre personas”. Se utiliza en el sentido de “molestia o fastidio” y alude a “dar una tunda o zurra”. (RAE, 1970). Ferenczi (1914) señala al respecto que el deseo de fricción genital implica que el desagrado proveniente de todo el organismo se acumula en el órgano genital y se expresa bajo la forma somática de prurito. Este puede ser calmado mediante raspamiento, que es un residuo arcaico de la tendencia a la autotomía.

La palabra “coger”, que se usa vulgarmente para designar el coito, proviene del lat. “colligere”, que significa “asir, agarrar o tomar” (RAE, 1970). Corominas (1973) dice que deriva de “legere”, “escoger”. De ahí “recogimiento” y “sobrecogedor”. Resulta interesante que se trata de un término que utilizan más los hombres que las mujeres. Esto se comprende, si pensamos que connota el deseo de dominio y apoderamiento.

El contenido de lucha o batalla remeda las ceremonias o movimiento ritualizados de los animales. Se trata, por ejemplo, de morder, topar, instigar simultáneamente a la lucha y al aplacamiento, segregar olores y “fabricar” colores especiales para atraer, tratar de demostrar quién de los dos es el más fuerte para detentar el poder, emitir sonidos especiales, etc. Si bien estas conductas forman parte del ritual del combate, cuando los animales se aparean se producen mecanismos fisiológicos, que inhiben los movimientos dañinos. También se observa que los animales se hinchan, se agitan y emiten gritos de triunfo que, al decir de Lorenz, “no son sólo la manifestación de sentimientos, sino que **es la ceremonia misma** la que vincula al casal, hasta llegar a la cópula. (Lorenz, 1963).

A través de estas ideas y su relación con los significados etimológicos, nos encontramos frente a la desconcertante circunstancia, de que **la palabra “orgasmo” no designa, en realidad al momento mismo de la descarga, ni la culminación del deseo, momento al cual nos referimos con ella, sino al deseo que precede y conduce hacia esa culminación.**

En otras palabras, el referente consciente de la palabra orgasmo, es decir la culminación del placer, no encuentra una representación verbal propia y, permaneciendo en el terreno de lo inefable, recurre para su nominación a una

palabra que originalmente poseía un referente cercano, pero distinto (Chiozza, 1985).

Al significado de la palabra “orgasmo” lo acompañan otros, que lo enriquecen.

Continuando nuestra búsqueda, encontramos que la palabra **coito** es un derivado de **coire** que significa “juntarse”, “ayuntarse carnalmente”; coincidentemente **cópula**, tomado del lat. **Cópula**, significa “lazo, unión”. (Corominas, 1973).

Estos significados parecen coincidir con el sentido que los autores que hemos visto le otorgan a **la unión y a la fusión en el encuentro sexual de la pareja**.

Unión alude a la “acción y efecto de unirse” y significa “correspondencia y conformidad de una cosa con otra” y “concordia de los ánimos y voluntades”; “acción y efecto de unirse en matrimonio”; “composición que resulta de la mezcla de algunas cosas que se incorporan entre sí”; “alianza, compañía”.

Por otra parte, **fusión** es “el efecto de fundir o fundirse”, “derretir y liquidar los metales, los minerales u otros cuerpos sólidos” y “unión de intereses, ideas o partidos que antes estaban en pugna”. (RAE, 1970). “Confundir” deriva de “fundir” y significa “mezclar”, “enredar”, “hacer confuso”. (Corominas, 1970). “Mezclar dos o más cosas diversas de modo que las partes de las unas se incorporen con las de las otras”; “equivocar”; “perturbar”; “desordenar”. (RAE, 1970). “Fundir” tiene también el sentido de “hundir”, “arruinar”, “abrumar”, “meter en lo hondo”. Nos resulta curioso que tanto “hundir” como “fundir” deriven ambos del latín “fundere”.

Parecería que lo que se une y se fusiona contiene, en sí mismo, el efecto de una mezcla armoniosa, como también la posibilidad de que algo se perturbe se destruya o se arruine.

b) El orgasmo como afecto.

Los afectos fueron definidos por Freud (1900/1915) como procesos de descarga que, a través de inervaciones vegetativas, a partir de la investidura plena de las ideas inconscientes que constituyen sus claves de inervación, corresponden –a la manera de ataques histéricos heredados y congénitos- a la perduración actual de acciones justificadas en la filogenia (Freud, 1926).

Es importante señalar que “el desarrollo de afecto tiende a incrementarse cuando se incrementa la frustración frente a la ausencia del objeto o frente a otras formas de incapacidad para desarrollar la acción eficaz destinada a satisfacer la necesidad”. (Chiozza, 1980).

Siguiendo estas ideas, pensamos que el orgasmo es una disposición heredada, que remite a una escena plena de sentido en nuestros antepasados filogenéticos. Esta experiencia histórica le imprimiría un carácter universal que permanece en nuestro acervo inconsciente, hagamos “uso” o no de ella. (Grus, 1991). Nos resulta convincente considerar al orgasmo como un afecto que se constituye como monumento conmemorativo que, a la manera de un ataque histérico heredado y

congénito, corresponde a la perduración actual de acciones justificadas en la filogenia.

Creemos que esta fantasía universal inconsciente incluye la idea de que existe también una evidencia de orgasmo en otros existentes de la Naturaleza. “Acaso la rata macho en la culminación del acto sexual, cuando con una mirada abstraída endereza sus patas delanteras, afloja su desesperado abrazo de la hembra y luego se alza lentamente sobre sus patas traseras y deja de montar a la hembra, no siente que la tierra se sacudió bajo su peso?”. (Alcock, 1992).

Si nos retrotraemos a épocas más arcaicas, nos resulta interesante lo que afirma Freud (1920), cuando plantea la hipótesis “de que la sustancia viva fue desgarrada, a raíz de su animación, en pequeñas partículas que desde entonces aspiran a reunirse por medio de las pulsiones sexuales. Estas pulsiones reproducen estados primitivos del ser vivo, **“pero la meta que se empeñan en alcanzar por todos los medios es la fusión de dos células germinales diferenciadas de una manera determinada”**. La unión sexual repetiría algo que una vez ocurrió por casualidad y después se afianzó por resultar ventajoso. Este acto que Freud denomina “casual”, sería para nosotros un acto pleno de sentido, en tanto que mediante “la fusión de dos cuerpos celulares se asegura en los seres vivos superiores la inmortalidad de la sustancia viva”. (Freud, 1920).

Sostiene además, que el individuo lleva realmente una existencia doble: “por un lado busca su propio placer y la satisfacción de sus necesidades sexuales, y por el otro lado, representa un eslabón dentro de una cadena de la cual participa contra su voluntad o al menos, sin que medie esta. Es un mero apéndice de su plasma germinal, a cuya disposición pone sus fuerzas a cambio de una cuota de placer; es el portador mortal de una sustancia, quizás, inmortal. (Freud, 1914).

Pensamos que existe una estrecha relación entre sexualidad, orgasmo y procreación. Nos convence la idea de que, en el coito, más aún si es placentero y vivido con amor, aparece en la pareja la fantasía de engendrar un producto, un hijo. Aunque a veces la alteración de la conciencia ha despertado asociaciones con fantasías de muerte, el orgasmo hace pensar en una **vivencia de máximo calor y vida**, en la cual las gametas pasarían a “dominar” la situación y se “buscarían” para dar vida a un nuevo ser. (Busch de Adamo, 1984).

Interpretamos que en el orgasmo el sujeto **entrega** su “yo consciente”(individual) a un “yo anterior, más primitivo” (ecositémico), que no se puede dominar, ni controlar. (Busch de Adamo, 1985).³

A partir de lo señalado, pensamos que en la relación sexual los amantes tienden progresivamente a la unión. En el placer final, **se produce una vivencia de fusión y de pérdida de los límites del propio yo. Creemos que el orgasmo se arrogaría la representación de esta vivencia, que remeda, tal vez, aquel momento primitivo, “catastrófico”, que podemos imaginar como dos partículas,**

³ “Entrega” tiene el sentido de “hacer entrega”; significó primeramente “reintegrar, restituir, entrelazar”. Del lat. “integrare” “reparar y rehacer”, deriva de “integere” que es “entero”.

que necesitaron unirse, para perpetuar a la especie de una nueva forma de reproducción.

Nos preguntamos, si esta escena plena de sentido, podría representar el acto motor justificado del afecto orgasmo.

En la escena del orgasmo todos los sentidos participan. Se recorre por así decir, el camino que va desde un contacto más superficial, hacia una compenetración más profunda. (Chiozza, 1984, 1991). Una mirada, una caricia, una palabra, van generando el acercamiento; se acrecienta la excitación y los genitales se acomodan para la penetración. Luego, una determinada fantasía, o tal vez un grito, a veces de dolor, un movimiento particular, o la intensificación del jadeo, pueden desencadenar el orgasmo. Este desencadenante aparece ligado inconscientemente a una escena tierna o a una escena perversa; es la ternura como expresión de “lo angelical” y la perversión como manifestación de “lo diabólico”, ambos necesarios como afrodisíacos. En ausencia de alguno de ellos, el amor parece desmotivarse. (Chiozza, 1990; 1991).

En la escena que describimos, el orgasmo se acompaña de sensaciones somáticas, y participan las zonas erógenas pregenitales. Por un lado se alivia la tensión en las descargas parciales, y por otro, aumenta el displacer en la medida que se acrecienta la excitación general. Sólo el placer final, el que se realiza bajo la “dirección” de la primacía genital, hace cesar la excitación en la fuente. Se siente alivio en la culminación, que es la descarga propiamente dicha.

La angustia que despierta el encuentro y la fusión con el partenaire, por la pérdida de conciencia y de control, la sensación de perderse hasta límites que se vivencian como insoportables, dan cuenta de las dificultades en el logro de una relación satisfactoria.

En este sentido, las manifestaciones que normalmente se observan tales como el jadeo, el llanto, la taquicardia, la transpiración, el dolor, etc., son expresión de la excitación, denotan placer y representan, al mismo tiempo, como dijimos, una penuria y un conflicto que deben ser continuamente elaborados.

Las disfunciones sexuales en general y orgásmicas en particular pueden ser expresión de esta conflictiva.

En síntesis:

- Cuando hablamos de orgasmo, no nos refrimos sólo al alivio que se produce en el momento de la descarga, sino a lo que sucede un poco antes, aquello que le “da título” a lo que vendrá después. Es un alivio obtenido a partir de un estado anterior que lo titula y cualifica. (Chiozza, 1984).
- El orgasmo es un hecho que remite a un acto motor justificado y pleno de sentido en la filogenia.

- El acto motor justificado podría quedar representado por la fusión de dos vesículas primitivas que necesitaron unirse para perpetuar una nueva forma de reproducción.
- La clave de inervación del afecto orgasmo es compleja y estaría compuesta por un **componente vasocongestivo** (el ardor, el rubor, la irritación, la tumefacción, la hinchazón) y por un **componente muscular** (las contracciones, la tensión muscular, la “succión”, el “apriete”). Participan además, componentes derivados de otras zonas erógenas, tales como el jadeo, la taquicardia, la traspiración, etc.

c) HISTORIAS DE “ENCUENTROS” Y “DESENCUENTROS”

Elena está preocupada. Siente deseos de estar con su marido, pero cuando están juntos, no sabe bien porqué, sus deseos se convierten en fastidio. Lo relata de este modo:

“... lo que me preocupa es que no llego al orgasmo cuando tengo relaciones con él... él no me entiende... siempre me duele algo. Ahora, por ejemplo, tengo flujo y me inflamo, está todo irritado, me pongo algodón y es como si me hubiera puesto una lija. Todos los problemas los tenemos por eso!! El dice que yo ya no lo quiero... Que no quiero estar con él! Al principio yo con él sentía todas las ganas!... Ahora yo no tengo deseos de estar con él, bueh... no es tan así, algo de él me gusta. Los pechos me duelen... ahora... los tengo inflamados. A mí me gusta hacer el amor! Lo que pasa es que él está con los ojos así de grandes, mirándome, que si muevo un pelo para este lado o para el otro... Me intranquiliza... Es horrible!!!... Lo que pasa es que ahora no puedo irme, tengo miedo que me duela... estoy pensando en todo... en todo... no sé, tendría ganas de tomar una pastilla para irme... así le doy el gusto y no me siento una enferma. Le parece que venga aquí con él? Porque él también está preocupado... A veces me dice que a lo mejor él también tiene algún problema...”

Mónica le da mucha importancia a su aspecto físico. Se siente linda. Siempre está muy arreglada y bien maquillada. Le gusta comprarse ropa interior provocativa, pensando deliberadamente que con esto va a excitar a su novio. Hace un constante esfuerzo para atraer su mirada y tiene crisis de celos cada vez que lo ve mirar a otra mujer. Cuenta en su sesión de análisis que:

“... se armó ayer un lindo clima. Yo tenía ganas, pero después, no sé... no era lo mismo. El me buscaba desesperadamente, pero yo sentía algo así de.. no ceder! A mí me gustaría que él me mire más! El es más salvaje... cómo se dice??... Más instintivo... a mí me gustaría que fuera más amoroso. A veces se demora mucho en las caricias y yo me pongo...! Me parece que me lleva a límites extremos y yo no me interesa... El me dice que necesita algo de alto voltaje! y que estamos en la rutina... quiere que yo tenga más iniciativa... que ponga más el cuerpo... y mi cabeza va adelante... Yo no sé cuál es el juego que él quiere que juegue... Yo le digo: Porqué no me regalás una flor? Así me tendrías

incondicional! Pero ayer, de pronto, algo vi... no sé... que él me dijo... y yo me largué... El estaba sorprendido, porque hacía mucho que no me pasaba de tener tres orgasmos seguidos!! y me puse a llorar...”

Marcelo se considera un profesional exitoso. Está casado desde hace dos años con Silvia y consulta porque ha comenzado a sentirse mal en su matrimonio. Describe sus vivencias de este modo:

“Me agarra bronca porque ya no sé si serán tan profundas las cosas que me pasan a diario o que... Porque a simple vista no... no me pasa nada... no sé... Durante la noche cambio la rutina del día. Anoche volví a casa y mi mujer protestaba por la cuenta del teléfono y... de esto... y lo otro... y yo... nada que ver! Yo intuí que ella estaba enojada, porque hoy no la llamé en todo el día. Ella se queja de que yo no la atiendo. Después me entró a decir que me extrañó mucho y que tiene meido porque no me ve contento... que no hacemos proyectos juntos. Y yo me pregunto... qué es un proyecto?... No sé si creerle que tiene tanto miedo, a veces dudo, no? Cuando una persona lo dice tan seguido... yo digo... será verdad? Comimos... y me puse a ver tele... un programa político... Ella me trajo un café y me acariciaba la cabeza... yo me caliento... pero no estoy listo para salir ya!! Por otro lado la insistencia de ella... A veces la siento demasiado encima... Le voy a decir algo: prefiero escuchar que me diga que tiene miedo... estoy y lo otro... antes que me diga que me extraña. Me obliga a una respuesta de decirle: yo también... o no decirle nada... y a veces me angustia no saber qué decir. Mano va... mano viene... me gusta la franela... me molestaría con una persona que nome intersa... Silvia me hacía masajes. En un momento me apretó acá los ojos... yo pensaba: me los va a arrancar! Y bueno... acabé rápido. Después me siento mal y trato de ayudarla para que ella termine. A veces le cuesta y después viene lo de siempre... nos peleamos... usted ya sabe...”

Los relatos que hemos realizado nos conmueven, porque encontramos en ellos algo que, de algún modo, nos hace sentir semejantes. Si bien se podría analizar estos tres personajes desde su problemática individual, nos interesa esbozar algunas interpretaciones de las dificultades que tienen en común.

Elena, Mónica y Marcelo están preocupados porque, como ellos mismos dice, algo “no anda bien” en sus relaciones de pareja y no entienden porqué. Los tres manifiestan atracción, pero también un cierto fastidio y rechazo.

Tenemos la impresión de que la cercanía, el contacto íntimo, las caricias, provocan en ellos temores y angustias. No obstante queda enmascarada la excitación que, como vimos, se expresa en los síntomas “somáticos” de Elena, en las crisis de celos de Mónica y en el enojo y aburrimento de Marcelo. Se desprende de lo que cuentan que, cuando surgen sentimientos amorosos o excitantes, no saben qué hacer y encuentran excusas para evitar la unión con el partenaire. Queda implícito que el encuentro se desarrolla en una especie de “lucha” que transcurre entre el acercamiento y la huida. Es un vaivén que implica un deseo de integración y conflicto que esto les suscita.

Creemos que en esta conflictiva participa también la pareja que cada uno de ellos ha elegido. El clima que describen estos pacientes los muestra desconfiados y así les resulta difícil entregarse afectivamente. Es probable que también temas descontrolarse. El orgasmo les resulta casi insoportable porque temen quedar “atrapados” y “confundidos” definitivamente.

BIBLIOGRAFÍA

- Abadi, M. (1960) “Renacimiento de Edipo”, Nova, 1960.
- Alcock, J. (1992) “Porqué existe el sexo?”, en Rev. “Descubrir”, Ed. Perfil, Bs. As.
- Baldino, G. (1991) Mesa redonda “El orgasmo femenino”, 1991, CCMW.
- Baldino, G.; Busch, D. (1992) “Algunas consideraciones acerca del orgasmo”, 4 Simposio CCMW, Bs. As.
- Boari, D. (1991) “Pulsión de muerte y pulsión de vida”. Trabajo presentado en CCMW, Bs. As. 1991.
- Busch, D. (1984) “Acerca del orgasmo y de la capacidad orgásmica”, trabajo presentado en el CIMP, Bs. As.
- Busch, D. (1985) Idem, presentado en el “Encuentro Argentino-brasileño, Campiñas, Brasil.
- Canteros, J. y colab. (1977) “La función muscular, un estudio de su significado”, trabajo presentado en CIMP, Bs. As.
- Chiozza, L. (1980) “Trama y figura del enfermar y del psicoanalizar”. Biblioteca del CCMW, Paidós, Bs. As.
- Chiozza, L. (1984) Intervención realizada en la presentación del trabajo “Acerca del orgasmo y de la capacidad orgásmica”, CIMP, Bs. As.
- Chiozza, L. (1985) Intervención realizada en la presentación del trabajo “Acerca del orgasmo y de la capacidad orgásmica”, Encuentro Argenino brasilero.
- Chiozza, L. (1990) Participación realizada durante el seminario de los días jueves en el CCMW.
- Corominas, J. (1973) “Breve diccionario etimológico de la lengua castellana”, Gredos, Madrid.
- Deutsch, H. (1960) “La psicología de la mujer”, ed. Losada, Bs. As. 1977.
- Dethlefsen, P. y Dahlke, R. (1983) “La enfermedad como camino”, Plaza y Janés, Barcelona, 1990.
- Droscher, V. (1974) “La vida amorosa de los animales”. Planeta, Barcelona, 1984.

- Duden (1963) Diccionario etimológico de la lengua alemana. Dudenverlag, Mannheim, 1983.
- Fenichel, O. (1966) “Teoría psicoanalítica de la neurosis”, Paidós.
- Ferenczi, S. (1914) “Monografías de psicología normal y patológica. Ferenczi y el psicoanálisis”. Recopilación realizada por J. German, tomo 3, Espasa Calpe, Madrid, 1974.
- Fischer, S. (1973) “Estudio sobre el orgasmo femenino”, Grijalbo, 1981.
- Freud, S. (1885) “Estudios sobre la histeria” en Obras Completas, Amorrortu, Bs. As., 1976.
- Freud, S. (1900) “La interpretación de los sueños”, *Ibíd.*
- Freud, S. (1905) “Tres ensayos de teoría sexual”, *Ibíd.*
- Freud, S. (1908) “La moral sexual cuacultural y la nerviosidad moderna”, *Ibíd.*
- Freud, S. (1914) “Introducción al narcisismo”, *Ibíd.*
- Freud, S. (1915) “trabajos sobre Metaplicología”, *Ibíd.*
- Freud, S. (1920) “Más allá del principio del placer”, *Ibíd.*
- Grus, R. (1991) Intervención realizada durante la mesa redonda “El orgasmo femenino”. CCMW.
- Hite, S. (1976) “El informe Hite”, Plaza y Janés S.A., Barcelona, 1977.
- Kaplan, H. (1974) “La nueva terapia sexual”, Alianza Editorial, Madrid, 1982.
- Kluge, F. (1973) “Etymologisches Wörterbuch”, Walter de Gruyter, Berlín, 1989.
- Lorenz, K. (1963) “Sobre la agresión: el pretendido mal”, Siglo veinte, 1977.
- Lowen, A. (1965) “Love and Orgasm”, Collier Books, London, 1975.
- Masters, W. y Johnson V. (1966) “Respuesta sexual humana”, Intermédica, 1967.
- Morris, D. (1977) “El hombre al desnudo”, Edición Nauta, Barcelona, 1980.
- Ortega y Gasset, J. (1941) “Estudios sobre el amor”, Obras Completas, tomo 5, Alianza Ed., 1983.
- RAE (1970) “Diccionario de la Lengua Española”, Espasa Calpe, Madrid, 1985.
- Reich, W. (1927) “La función del orgasmo”, Paidós, Bs. As., 1981.

Tordjman, G. (1976) "Realidades y problemas de la vida sexual", Ed. Argos, Barcelona.

Wahrig, G. (1966) "Deutsches Wörterbuch", Mosaik Verlag, 1980.

Weiss, P. (1984) "La ciencia de la biología", Ed. Omega, Barcelona.

Weizsäcker, V. Von (1950) "Pathosophie", Bandenhoeck y Ruprecht, Gottingen, 1967.